La música más bella



Texto: María José Téllez Delgado

Ilustraciones: Guillem Escriche.





i,ti,ti,ta,ta,ta,ti,ti,taaaa...

Desde la calle se escuchaban las notas de un piano electrónico. El sonido animaba a quedarse parado debajo del balcón. Ahora sonaban ejercicios de calentamiento, luego una canción infantil popular, más tarde un ritmo moderno. La encargada de conseguir que la música amenizara el paso de los viandantes era Inés.

El día que no se oía el sonido del piano era solo porque Inés se había marchado de viaje, ya que tocaba aunque estuviera pachucha. "Si no toco, sí que me pongo enferma de verdad", aseguraba la niña.

Inés había sido invitada a inaugurar el nuevo curso escolar en el colegio del pueblo. Estaría ella sola en el escenario interpretando el *Himno de la Alegría* de Beethoven con su teclado, mientras los chicos y chicas subían y se ponían a su alrededor. Una vez hubiera terminado, cada uno de los profesores contaría sus planes para el curso y daría la bienvenida al alumnado.

Y llegó el gran día. Todo transcurría de manera pomposa y seria... hasta que uno de los chicos más fanfarrones empujó a otro para gastarle una broma, los dos tropezaron y se cayeron encima de Inés. El teclado se salió del soporte y cayó al suelo. Parecía un incidente sin importancia, pero cuando Inés se sobrepuso, comprobó que la música ya no era la que debía ser. Algún mecanismo había hecho que el teclado se estropeara por dentro y no había forma de que sonara nada agradable.

Inés percibió cómo un calor desconocido le surgía del estómago y gritó enfadada empujando a los chicos. Cogió el teclado y lo estampó desde el escenario contra el suelo. Mientras lo hacía, se sorprendía de su fuerza y de su furia, todas juntas llevándola a hacer algo que nunca hubiera imaginado: destrozar su amado piano delante del público que la había aplaudido antes.

La ira no la dejaba ver con claridad. Sólo sentía ese calor que le subía por el estómago y la mandíbula apretada, haciéndose daño en los dientes.

Inés se quedó sin posibilidades de practicar. De la angustia y la rabia se encerró en su habitación dos días sólo saliendo para ir al baño y beber agua, pues no tenía ni pizca de hambre.

Al tercer día se dio una ducha y, mientras se miraba al espejo, descubrió una arruga que le dividía la frente en dos mitades y la hacía parecer como la bruja mala de los cuentos.

"¡Lo que faltaba!" – murmuró para sí todavía colérica.

Su hermano Carlos de vez en cuando pasaba a su cuarto y la abrazaba mientras lloraba y lloraba... En una de sus incursiones le llevó una sopa de marisco para que cogiera fuerza y algunos higos verdes y tarta de ciruelas. Las atenciones de su hermano la consolaban, pero no lograba dejar de sentir enfado y un poco de vergüenza.

Al cuarto día accedió a la invitación de su hermano para ir al parque.

Los árboles le parecían demasiado viejos, la luz espantosa, el estanque demasiado sucio y, sobre todo, no soportaba a los músicos ambulantes.



- ¿Quieres que nos sentemos un rato en la hierba? le preguntó su hermano Carlos.
- Urghs gruñó Inés.

Se acomodaron en una pradera alejada del paso y cuando no llevaban ni un minuto, llegó un grupo de la tercera edad.

- Vámonos ahora mismo pidió Inés
- Espera un poco, a lo mejor te distraes le respondió Carlos.

Los ancianos no parecían en absoluto débiles o contrahechos. Inés miró sin interés.

Serían unas ocho personas. Se colocaron en dos filas. Todos iban con pantalón y camisa holgada de color blanco. Lo primero que hicieron fue separar los pies más o menos con el ancho de los hombros.

- Vaya memez dijo Inés. Vámonos de aquí Carlos.
- Estoy cansado de dar vueltas
- Parecen un grupo de fantasmas silenciosos.
- Van a hacer taichí, a lo mejor te gusta le aclaró Carlos.

Para burlarse de su hermano, Inés se puso junto al grupo y comenzó a imitar sus movimientos. Si ellos colocaban la mano en el abdomen, respiraban y soltaban el aire lentamente por la nariz, ella lo repetía.

Empezaron a relajar los pies y fueron parte a parte hasta llegar a la cabeza. Al principio mantenía su rabia, pero poco a poco comenzó a relajar la presión del pecho, la tensión de los hombros y sin percatarse, comenzó a balancearse como un columpio.



Uno de los participantes, un señor calvo y de aspecto elástico, la ayudó a colocar de nuevo los pies y le dijo que imaginara que eran como raíces. Inés sintió un poco de miedo, pero saber que no podía caerse le dio fuerza y se concentró en pensar que era un árbol y sus ramas se movían al viento.

Su hermano la miraba atónito y feliz.

Inés seguía repitiendo lo que hacía el grupo al lado de su nuevo maestro. Comenzó a sentir la calma que añoraba y la fuerza de sus músculos le trajo la música más bella a sus oídos: eran los latidos de su corazón y la alegría que había estado tapando y que entraba y salía de su cuerpo con la respiración, ayudándola a sentir paz y a ver sus últimos días como una película antigua.

Cuando acabó la clase, Inés se despidió de sus nuevos amigos y le dijo a su hermano:

- Voy a preguntar a nuestros padres si con el dinero de la hucha puedo comprar un nuevo piano. Quiero volver a tocar.
- Ya veremos Inés. Lo que pasó fue algo muy serio y no se puede arreglar tan fácilmente.

Inés sintió de nuevo una avalancha de fuego que se apoderaba de su pecho, pero se concentró en respirar y mantener su cuerpo ligero y notó cómo la arruga de bruja de su frente se hacía finita, finita. Podía imaginar que se miraba al espejo y ya no estaba allí.





La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (http://faros.hsjdbcn.org/) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

